

La divina mímesis

"Es una idea en la que pienso desde 1963, pero hasta ahora no he logrado encontrar la clave justa. Quería hacer algo hirviente y magmático, mas salió algo poético como Las cenizas de Gramsci, pero en prosa. Por esto sólo publico los dos primeros cantos: a un Infierno medieval con las viejas penas se contraponen un Infierno neocapitalista. Pero ahora estamos, por el momento, en 'mezzo del camin di nostra vita', en el encuentro con las tres fieras, etc."

El 21 de noviembre de 1975 —tres semanas después de que Pasolini fuera asesinado—, la editorial Einaudi terminó de estampar la primera edición de La Divina Mímesis, obra que el autor había proyectado en clave absolutamente autobiográfica y en el que narraría su propio infierno —el infierno de los años '50 y el de Los Dos Paraísos, el neocapitalista y el comunista—. Aparentemente, sólo dejó terminados los dos primeros Cantos, puesto que, según la Nota I, la obra podría ampliarse constantemente. El resto del libro está formado por apuntes y fragmentos para el III, IV y VII Cantos del Infierno; una Iconografía Amarillenta (para "un poema fotográfico") y un Pequeño alegato extravagante, un texto que se refiere a la relación Contini-Gramsci. En la tercera de las tres notas (para una "nota del editor"), escrita en un tono sarcástico y zumbón, Pasolini ve, con 12 años de anticipación, su propio fin.

Prefacio

La Divina Mímesis: publico ahora estas páginas como un "documento", pero también para molestar a mis "enemigos". Al proporcionarles una razón más para despreciarme, les ofrezco también una razón más para mandarme al Infierno.

Canto I

Alrededor de los cuarenta años, me di cuenta de que me encontraba en un momento muy oscuro de mi vida. Hiciera lo que hiciera, todo resultaba con un tono de oscuridad en la Selva de la realidad del año 1963, al que llegué absurdamente impreparado, excluido de la vida de los demás, que es repetición de la propia. No se trataba de la náusea o de la angustia, sino más bien de que en aquella oscuridad —hablando con la verdad— había algo de terriblemente luminoso: la luz de la vieja verdad (llamémosla así), aquella frente a la cual ya no hay nada que decir.

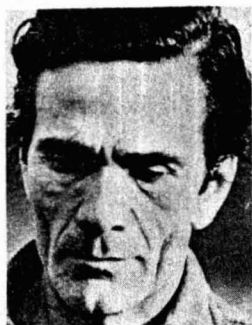
Oscuridad igual a la luz. La luz de aquella maña-



na de abril (o de mayo, no recuerdo bien: los meses en esta Selva pasan sin razón y, por lo mismo sin nombre), cuando llegué (no se escandalice el lector) frente al cine Splendid (¿o Splendore, o Smeraldo?). En cambio, sé que una vez se llamó Plinius, y era uno de aquellos templos maravillosos (entonces no lo sabía), cuando los meses eran largos y verdaderos meses, y en todos mis actos —arbitrarios, pueriles o culpables— era claro que me estaba experimentando en una forma de vida *con la intención de expresarla*. Era una luz que los hombres conocen bien, en primavera, cuando aparecen los primeros —los más alegres, los más queridos— de sus hijos, sin sacos, en camisas ligeras; y por la avenida Aurelia Nuova pasan, silenciosos y veloces, los miniautos de las familias burguesas de Roma —con las trompas al ras del pavimento, como ratones atraídos por estupendos olores lejanos—, rumbo a las primeras meriendas en los prados, hacia las eras bordeadas por cañizales y glisas, hacia el neblinoso, maculado Apepino...

Una luz feliz y malvada: al dar vuelta con mi coche, dejando apenas la avenida Gregorio VII —me parece— para llegar a la Aurelia, entre una feria de gasolineras brillantes bajo el sol, y el mercadito bajo techo, al fondo, con sus pequeños tejados verdes, allí abajo, entre los dos portones, había algo rojo, muy rojo: una altarcito adornado con rosas, como esos que preparan las manos fieles de las ancianas en los desheredados pueblecitos umbros, friulanos o abruzeses; ancianas como lo fueron sus anteriores ancianas, repartidas diligentemente en los siglos. Un altarcito torpón, festivo a su modo; un tupido ramo de rosas rojas que yo no sabría

Pier Paolo Pasolini, mejor conocido entre nosotros como cineasta, fue también un excelente poeta, novelista y ensayista. A raíz de su muerte, una buena parte de sus trabajos periodísticos se han dado a conocer en México en revistas y suplementos culturales.



Pier Paolo Pasolini

describir. Al acercarme descubrí, entre las rosas rojas, un retrato doblemente fúnebre, porque era el de un hombre muerto dos días antes, un héroe de ellos, un héroe nuestro. Sus ojos estaban vivos aún bajo la frente calva (una calvicie plena de dulzura, leudado por el bien de la vida). Allí estaba la luz, iluminando rosas y retrato, banderas alrededor, tal vez amontonadas; en esa humildísima solemnidad popular (¿obra de las mujeres de los inscritos a la sección del Forte Boccea, o de los mismos inscritos: choferes o albañiles con sus gruesas manos tímidas, pero inspiradas en aquel altar de rosas?).

Todo ello entre los portones de ese cine Splendid: deslumbrantes por la noche; empobrecidos ahora por la luz, por esta luz. Miserables portones de vidrio y metal: y he aquí la milésima, la millonésima angustia en el corazón, el eternecimiento, la languidez, la lágrima. Hasta la constatación de la miseria, del triste lujo, tenía el poder de acongojarme.

Y ellos estaban allá, con un viejo senador, con un nuevo candidato a la Cámara, esperándome; morenos, oscuros, como los campesinos que vienen a la ciudad a arreglar sus asuntos, reunidos en la plaza que negrea con su solemnidad, en ese vacío ennegrecedor que el verano inminente está preparando entre palacios y callejones. Y los saludos, los apretones de manos, las miradas de inteligencia y de alianza.

Ahora se reunían en las filas de las plateas, que también acongojaban el corazón; en aquella luz matutina (la luz de los almacenes, de las buhardi-

llas, de las avenidas, no la de los cines), en aquella sala de nombre espléndido —como continuación de la espléndida tertulia de las esquinas de barriada, en la larga serie de noches en que marcha, sin banderas, la vida.

Mientras tanto, ellos estaban contentos, todos estábamos contentos, porque dieciocho nuevos muchachos —después de asistir a un mitin del partido en el gobierno— se habían inscrito a nuestro partido: una alegría semejante a la de compartir los tragos, una verificación irrevocable de ciertos hechos cuyo acontecimiento esperábamos todos, y que todos saludábamos como un éxito: y aquel éxito me acongoja el corazón.

El recinto estaba vuelto hacia el centro de sí mismo, excluía al mundo. (El que estaba allá, afuera, como la claraboya semiabierta en el techo del Splendid mostraba con claridad flamante: un azul sedoso, apenínico, con aire de mar).

El palco de los años cuarenta; las banderas de los años cuarenta; el micrófono de los años cuarenta: todo tambaleante, de madera vieja, de jacalón, clavada con cuatro golpes de martillo, recubierto de pobre tela roja ¡que acongojaba el corazón!

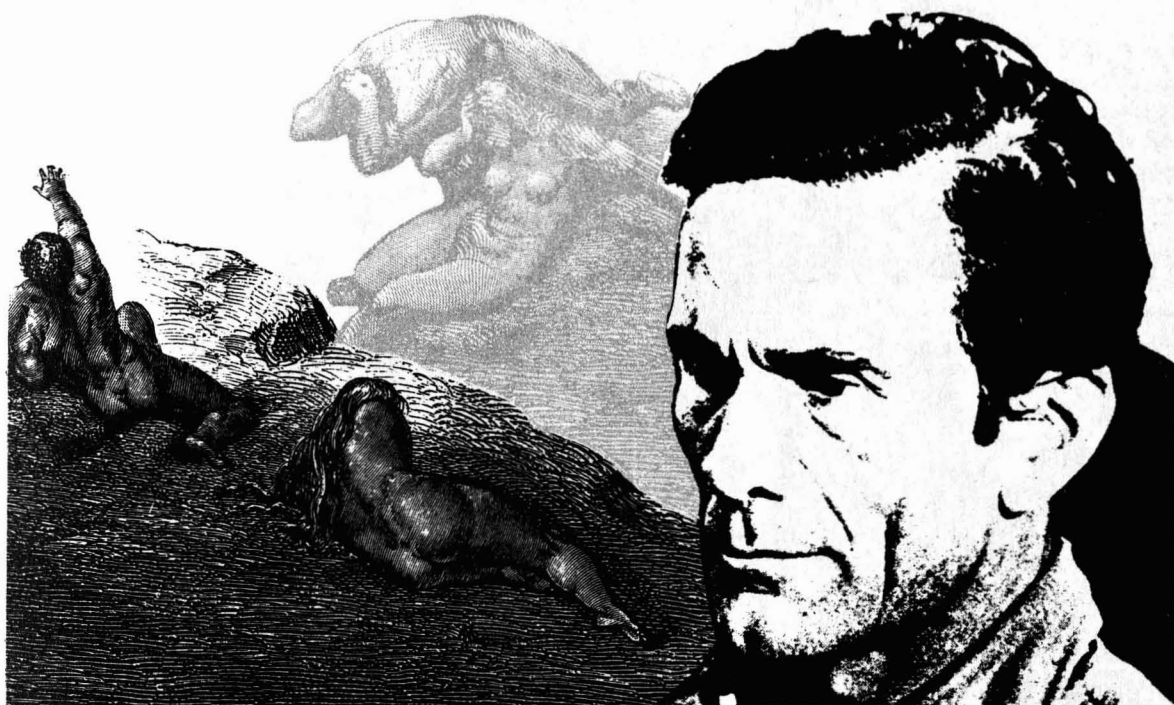
Obscuridad en la obscuridad. Yo estaba ahí, entre los obreros endomingados. Los padres, vestidos de oscuro; los hijos, con camisas chillantes —de rojo granada, de amarillo canario, de naranja dorado, que estaban de moda en ese año—: ved la cara del desdentado, diputado en las certidumbres, como un porrista con su banderola; la nota humorística que restituye la fe cotidiana: su puesto está al centro de la platea y su silla parece la más alta de todas. Cuando aplaude —mostrando su boca desdentada que se abre en una sonrisa tradicional—, es la señal de que *se debe* aplaudir, y alegremente. El recinto está vuelto hacia su centro, colmado de certeza: el mundo está afuera, radioso e indiferente. Acongojado el corazón.

Por eso estoy aquí: computando como único dato bueno del mundo, en el que experimento el hecho de vivir, la existencia de estos obreros (que acongojan el corazón).

Ah, no sé decir cuándo comenzó: tal vez desde siempre. ¿Quién puede señalar el momento en que la razón comienza a dormir o, mejor, a desear su propio fin? ¿Quién puede determinar las circunstancias en las que ella comienza a salir, o a volver allí, donde no era razón, abandonando el camino que por tantos años había creído justo, por pasión, por ingenuidad, por conformismo?

Apenas llegué, en mi sueño fuera de la razón —de breve duración y tan definitivo para el resto de





mi existencia, pues lo imagino así—, a los pies de un “Cerro”, al fondo de aquel horrible “Valle” que de tal manera me había llenado el corazón de terror por la vida y por la poesía, miré hacia lo alto y vi, en su cima, una luz; una luz (aquella del viejo sol renacido) que me cegaba: como esa “vieja verdad”, sobre la cual ya no hay nada más que decir, pero que llena de gozo el hecho de haberla reencontrado, aunque ella traiga consigo, realmente, el fin de todo.

A la luz fatal de aquella vieja verdad se aquietó un poco mi angustia: la que había sido el único y real sentimiento durante todo el periodo de la obscuridad, a la que mi camino ¡justo!, me había irrevocablemente llevado.

Como un náufrago que sale del mar y se aferra a una tierra desconocida, miraba hacia atrás, hacia toda aquella obscuridad, devastado, maltrecho: la fatalidad del ser propio, de las características natales, el miedo a cambiar, el temor al mundo, del que nadie ha podido librarse, poniendo a salvo la entereza propia.

Descansé un poco; no pensé, no viví, no escribí: como un enfermo. Luego recommencé a caminar (es la vieja historia). Arriba, por la cuesta desierta donde podía decir que verdaderamente estaba solo.

Solo, derrotado por los enemigos, tedioso sobreviviente para los amigos, extraño personaje aun para mí mismo, iba **renqueando** por aquel nuevo y absurdo camino; trepando por la pendiente como

un niño echado de su casa, como un soldado disperso.

Pero súbitamente, después de unos cuantos pasos de mi solitaria y desanimada ascensión, apareció ella, saliendo de los escondrijos comunes de mi alma (que encarnizadamente continuaba pensando para defenderse, para sobrevivir, ¡para dar marcha atrás!); hela ahí, la bestia ágil y sin escrúpulos, cambiante como camaleón, con los cambiantes colores que son siempre los mismos de antes. Los colores externos, primero que nada: esos que se encuentran al nacer y pronto se convierten en objeto de un afecto tremendo, los que verdaderamente no quiero que cambien. Y luego los internos, a imagen y semejanza —causados por el error de la lealtad infantil y juvenil— de los del mundo. El color de la pureza, sobre todo, de la altura moral, de la honestidad intelectual —¡malditos colores pintados por la ilusión!

Así, la “Onza” (en la que me reconocí inmediatamente, sin ninguna dificultad), con todos aquellos colores que le manchaban la piel, estaba inmóvil frente a mis ojos, como una madre-muchacho, como una iglesia-muchacho. Empero, por una fuerza terrible —la de la verdad, la de la necesidad de la vida—, me impedía proseguir por mi nuevo camino —elegido no por mi deseo, sino por la ausencia de todo deseo—, en el que ya no existe ninguna necesidad de mistificación: porque se está *solo*. Y yo, mistificador, aún más, sutilísimo caso de mistificación, a causa del desperdicio de sinceridad honestamente deseada, estaba otra vez por rendirme y volver atrás, hacia el prepotente, el estúpido, el vulgar mundo apenas dejado.



Luego apareció, junto a la "Onza", el sueño y la ferocidad reunidos en una sola forma de "León", aunque despelado, fétido de estiércol bestial, perezoso, vil, prepotente, estúpido, privado de cualquier otro interés que no fuera el de la molicie y el hartazgo —sin embargo, tenía la potencia de quien no conoce el mal, de quien —por naturaleza— sólo considera un bien la satisfacción de sus necesidades.

Desde su ser de sueño y ferocidad, egoísmo y avidez rabiosa, el "León" inspiraba a vivir, lo que lo distinguía del mundo externo con una violencia francamente brutal. Una inspiración que albergaba temblando.

La idea de sí no tiene razón, y cuando se expresa destruye la realidad, porque la devora.

El saber devorar proporciona una certeza de la cual es muy difícil no servirse después: impedirse entrar en el mundo, por medio de tal ciencia, e instalarse como un poeta prepotente, como un rey. También me reconocí, aunque parcialmente, en aquel "León", como una desproporcionada señal premonitrice.

Pero aún debía reconocirme en algo peor. En el centro de aquel silencio —determinación incontrolable o fenómeno que se forma paulatinamente, fuera de los encarnizados e ingenuos retratos que el hijo ofrece de sí mismo durante toda la vida—, apareció una "Loba" junto a las otras dos bestias. Sus facciones estaban desfiguradas por una flaccidez mística, la boca adelgazada por los besos y por las

obras impuras, los pómulos y la quijada alejados entre sí: el pómulo en alto, contra el ojo; la quijada abajo, junto a la piel reseca del cuello. Y entre ellos una cavidad oblonga, evidenciando el mentón saliente, casi obstinado: ridículo como toda máscara mortal.

Y el ojo seco en un espasmo; tan abyecto como su parecido con los espasmos de los santos: una aridez alucinada, que donde posa su luz parece que se pega con cola filtrada por la pupila redondeada, ora demasiado directa, ora huidiza; y en medio la nariz, en gruesa piel y gruesos hoyos sobre el labio superior, casi invisible, consumido. La nariz de la bestia humana, que se vuelve conejillo de indias de sus propios deseos que se presentan, gangrenando, cada vez más naturales.

Aquella "Loba" me amedrentaba: no por ser la representación de lo degradante, sino por el solo hecho de ser una aparición casi objetiva: la definición en sí misma, un *ecce homo* por así decirlo, de cuya realidad el conocimiento no puede evadirse en modo alguno. Su presencia era tan palpable que hacía perder toda esperanza de poder llegar a la cima misteriosa que divisaba frente a mí, en el silencio. Hacia ésta me había encaminado voluntariamente —aridecido, sin vivir, sin escribir, y, sin embargo, precisamente con la carencia de todo, exceptuando "la abominación de la desolación"—; me sentía raptado por una nueva forma de vitalidad, que ahora debo acreditarle a la presencia de aquella bestia desapacible; una fuerza insuperable, algo que sería simplemente ridículo tratar de medir y que me inspiraba una angustia ante la cual yo nada

podía hacer. Me empujaba la tentación de regresar allá, donde no se pide más —en el fondo— que callar.

Y cuando ya desfallecía —sintiéndome justamente ridículo por mi antigua victoria en un mundo al que pertenecía; sin ninguna razón para considerarme más grande; privado ahora de la autoridad de la poesía; embrutecido por las largas frecuentaciones obscurantistas, prácticas y místicas—, he aquí que apareció una figura, amarillenta de silencio, en la que debía reconocerse una vez más.

Tan pronto la vi —en medio de aquella soledad total, en aquel lugar de olvido al que estaba reducido—, grité: “Piedad, por favor”, como se grita en los sueños, donde toda dignidad se pierde, y quien debe llorar, llora; quien debe pedir piedad, pide piedad. “Mira el estado en que me encuentro, mira, ¡aunque ignore si eres una supervivencia o una nueva realidad!”

“Ah —dijo, mirándome con una sutil y forzada ironía en sus ojos hechos para la seriedad—, tienes razón; soy una sombra, una supervivencia... Poco a poco me voy amarilleando en los Años Cincuenta del mundo, mejor dicho, de Italia...” Y luego sonrió, irónico, levemente neurótico, porque solamente la seriedad o la pasión eran capaces de encender la luz de sus ojos: ojos tibios y castaños. Bajo los pómulos pronunciados, las mejillas infantiles y magras, su boca con la fea sonrisa llena de dulzura, tensa por la mueca del embarazo que siente quien debe hacerse perdonar una vieja culpa. Así, con aquella sonrisa deformante, tenía el aire

de un pobre bandolero maltratado y sucio. Y me dijo: “Soy septentrional: mi madre nació en el Friuli, mi padre en Romagna: viví mucho tiempo en Bologna y en otras ciudades y pueblos de la llanura paduana —como reza en las solapas de aquellos libros de los Años Cincuenta, que se amarillentan conmigo... Y volvió a sonreír, como un desdentado, aunque ningún diente le faltara. Pero cuando la sonrisa —mal que bien, era una sonrisa— terminó de estirarle la boca hacia la sombra que formaban sus extremidades enfosadas, y que dejaba ver unos dientes amarillentos, un aire de nobleza ingenua invadió todo su rostro.

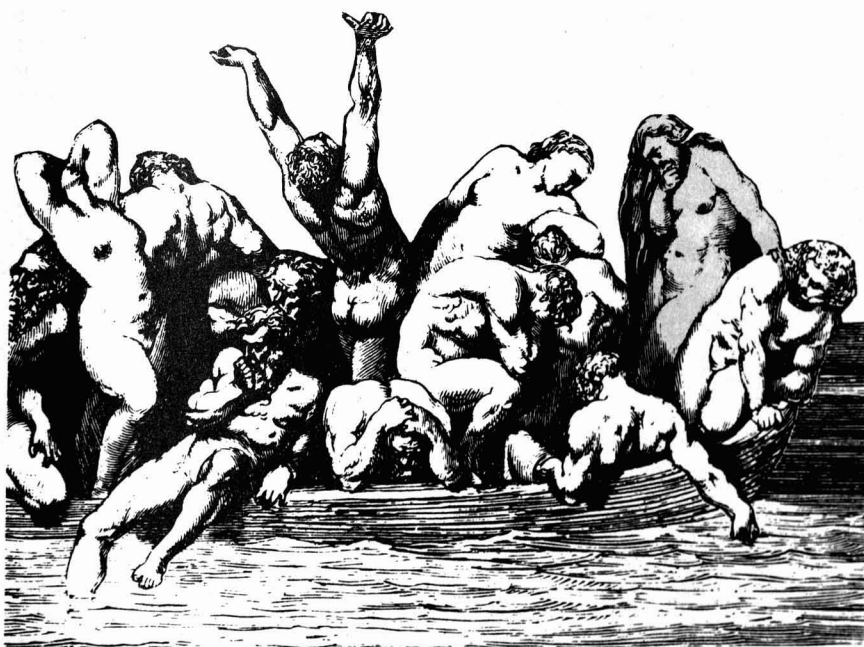
“Nací bajo el fascismo, y yo era todavía muy muchacho cuando cayó. Viví mucho tiempo en Roma, donde los restos del fascismo continuaban con otro nombre: contemporáneamente, la cultura de la burguesía exquisita no daba trazas de terminar, yendo siempre a la par (¿así se dice?) con la ignorancia de las ilimitadas masas de la pequeña burguesía...” Sonrió, sonrió de nuevo como un culpable, como si quisiera atenuar lo que había dicho, o quisiera disculparse por la generalidad a que lo constreñían las circunstancias, o también por su angustia.

“Fui poeta —agregó rápidamente, como si ahora quisiera dictar su epitafio—; canté la división en la conciencia de quien ha huido de su ciudad destruida y va hacia una ciudad aún por construirse, con el dolor de la destrucción mezclado a la esperanza de la fundación, agotando obscuramente su mandato...”

Me miró un momento, ya no como se mira a una víctima que necesita ayuda, sino como se mira a un escolar o a un entrevistador. “Es por ello —añadió— que estoy destinado a apergaminarme tan precozmente: porque la llaga de una duda, el dolor de un desgarramiento, pronto se convierten en males privados de los que se desinteresan los demás, con toda razón. Y además... cada quien tiene solamente un momento en la vida...”

Tuvo un asomo, aún, de sonrisa maliciosa y dolorosa en la mirada incapaz de sonreír y, en tono amistoso, dijo: “Pero tú ¿por qué quieres dar marcha hacia atrás, regresar a la degradación? ¿Por qué no sigues subiendo por esta parte, solo, como estás destinado a estarlo y como estás?”

Lo miré. Tanta gentileza, tanto deseo de ponerse a mi disposición en aquella incertidumbre, me confortaba. Mi auxiliador era mísero y menudo: no era padre, no era hermano mayor, no tenía la grandiosidad consoladora de quien representa a la autoridad; a lo sumo, no podía ser más que un guía de montaña. ¡Pero santo cielo!, en una circunstancia como aquella, en la que mi vida parecía implicar



cielo y tierra, presentándose como una gran fábula edificante —ni más ni menos que una experiencia del más allá, una ascensión por laderas místicas y con una paradisiaca luz solar—, tal y como ocurre con los santos que ya son personajes de sus propios himnos sagrados, en semejante circunstancia ¡no podía ofrecérseme un encuentro mejor ni más novelesco! Me parecía que todo estaba preparado para ello: para presuponer un gran guía que llegaba a lo largo de las vías de lo necesario, con el esplendor de la poesía, del fondo de mi historia, de mi cultura. Podía ser, por ejemplo, el mismo Gramsci..., él mismo, dejando la pequeña tumba del Cementerio de los Ingleses en Testaccio; con sus espaldas de menudo, erecto Leopardi; la frente rectangular de la madre sarda; la cabellera levemente romántica de los años veinte, y aquellos pobres anteojos de intelectual burgués... O bien, era Rimbaud quien se había presentado; mi Rimbaud de los dieciocho años, mi coetáneo, castrador, con su destino y su lengua ya divinos, como los de un clásico —pero hermoso—, cubierto de cintas como Alcibíades, y no para hacer el amor con él, sino para admirarlo con toda el alma infantil... O bien, era Charlot...

En cambio, frente a mí no estaba más que él, un modesto poeta civil de los Años Cincuenta, como él decía, amargamente: incapaz de ayudarse a sí mismo, no podía ayudar a ningún otro. Y sin embargo, estaba claro que en el mundo —en mi mundo— no hubiera podido encontrar —aunque miserable, tan... cómo decirlo... tan pueblerino, tan tímido— mejor guía que éste.

“Ah, eres tú —dije entonces—, te reconozco, te



reconozco! Ah, yo te he amado mucho —y me ruboricé al decirlo, no por el vicio confesado, sino por el hecho de confesarme una vez más. Siempre me has parecido —muy en el fondo, debo admitirlo— el “más alto poeta de nuestro tiempo”, su guía verdadero, en efecto. He leído y releído tus libros con gran satisfacción: ¡esto me valga ahora para salir de este “impasse”, ja, ja, ja, —reí—, el gran aparato crítico que pesa ahora sobre ti, bajo el signo —sin prestigio social— del narcisismo! ¡Para mí, tú eres ése cuyo estilo ha sido razón de afirmación y éxito!”

Me miré —atolondrado por el desagradable trauma de la enésima confesión, por el mal gusto de la repetición de una conciencia tan poco novedosa—, miré a mi alrededor: y, de las tres bestias, la que más se amedrentó fue la “Loba” de la flacura mística (la de la carne devorada por la abyección de la carne, fétida de mierda y esperma).

“Necesito tu ayuda —balbuceé, inseguro como jamás lo había estado en toda mi vida—, porque esta bestia puede acabar de quitarme la fuerza y la voluntad de expresarme. Y no puedo soportar ni siquiera la idea de no ser más un escritor”.

“Es necesario cambiar de camino si una situación parece peligrosa o indigna” —dijo, con espantada prudencia, tratando de corregir la gravedad de sus palabras con un tono de lenguaje lo más mundano y banal posible. “Con esta bestia, de cuya presencia te lamentas, no se puede bromea mucho...” Escuchaba su continua corrección lingüística, y me conmovía, porque comprendía que lo irónico no fue hecho para él, modelo de la seriedad, de la pasión, del rigor del oficio... Ahora aplicaba la litote: la atenuación. Aprendida quizá en la frecuentación de sus escritores coetáneos. En el fondo, en el fondo... sí, era una actitud burguesa: el miedo a decir la verdad en la sublimidad de la expresión frontal; la necesidad de acercarla encubiertamente, negligentemente, *hablando de otra cosa*.

“Es una tenia. Y tú lo sabes. La repetición de un sentimiento se convierte en obsesión. Y la obsesión transforma el pensamiento...” Sonrió, burlándose del tono didascálico, precisando humildemente: “Como la repetición de una palabra en las letanías... Repetición, que es pérdida de significado; y pérdida de significado que es significado... Exaltante... ¡Ja, ja, ja!” Yo lo miraba reír en el silencio de la “abominación de la desolación”, en el lugar del olvido.

Terminó su pobre, inocente e infantil risa de conocedor del estilo, y continuó manteniéndose en el tono de la lengua hablada: “Repito al infinito la palabra *sexo*, ¿Qué sentido tendrá al fin? *Sexo, sexo, sexo, sexo, sexo, sexo, sexo, sexo, sexo, sexo*,”



sexo, sexo, sexo, sexo, sexo... El mundo se vuelve objeto del deseo de sexo, ya no es mundo, sino lugar de un solo sentimiento. Este sentimiento se repite, y con él se repite el mundo hasta que, acumulándose, se anula... Del mundo sólo queda la proyección milagrosa... Cuando la Obsesión se convierte en religión, es necesario ver con quién se esposa. Mientras tanto, la Religión, la Instituida, ha hecho todas las bodas posibles. Y hará todavía otra. Su deseo no tiene fin; tendrá sus machos... Hasta encontrar a uno que la tenga tan grande que la mate. ¡Ja, ja, ja! Ese tan bien dotado no será dueño de fábricas o de cadenas de periódicos; no será latifundista en el Sur, pero sus riquezas serán el espíritu financiero, el fondo monetario y la patria multinacional. ¡Ja, ja, ja! El será la salvación del mundo: que no se regenerará, por supuesto, con la muerte absurdamente heroica a la que se condena a la humilde juventud de siempre. Los muchachos de Reggio o de Palermo, los adolescentes cubanos o argelinos, Grimaud o Lambrakis... El arrojará esa juventud a lo más profundo del Infierno, desde todas las ciudades de Occidente donde aún reina, al servicio de sus predecesores, de los que será heredero histórico. Por tu propio bien, me parece que lo mejor es conducirte a un lugar que no puede ser otro que el mundo. Además, tú y yo no iremos juntos, porque el mundo acaba con el mundo. Y en cuanto a las perspectivas de la Esperanza (por la cual se muere) y a los proyectos de Aquél que vendrá, me siento prematuro para sus leyes. Por lo tanto, no estoy autorizado a conducirte a esos dos Reinos: uno, el esperado; el otro, el proyectado."

"No tengo alternativa —dije—, iré contigo." Me

miró un instante, examinándose, tímido y duro, de soslayo, con el ojo húmedo sobre el pómulo consumido. Luego se puso en camino, y yo seguí sus pasos.

Nota 1

El libro debe escribirse en estratos; cada nueva redacción se hará en forma de nota *fechada*, en modo tal que el libro se presente como un diario. Por ejemplo, todo el material escrito hasta hoy (desde hace un año, o un año y medio, más o menos) debe estar fechado y aprovecharse en la nueva redacción, que consistirá, por lo tanto, en un nuevo estrato adicional o en una larga nota. Y así por el estilo con las redacciones sucesivas. Terminado el libro, deberá presentarse como una estratificación cronológica, como un proceso formal viviente: donde una nueva idea no cancele la precedente, sino que la corrija; o bien que la conserve inalterada, manteniéndola formalmente como pasaje del pensamiento. Y puesto que el libro será una combinación de cosas ya hechas y de cosas por hacer —de páginas retocadas y de páginas en borrador, o sólo intencionales—, su topografía temporal deberá completarse: tendrá al mismo tiempo la forma magmática y la forma progresiva de la realidad (que nada cancela, que permite coexistir al pasado con el presente, etc.)

Noviembre 1 de 1964.

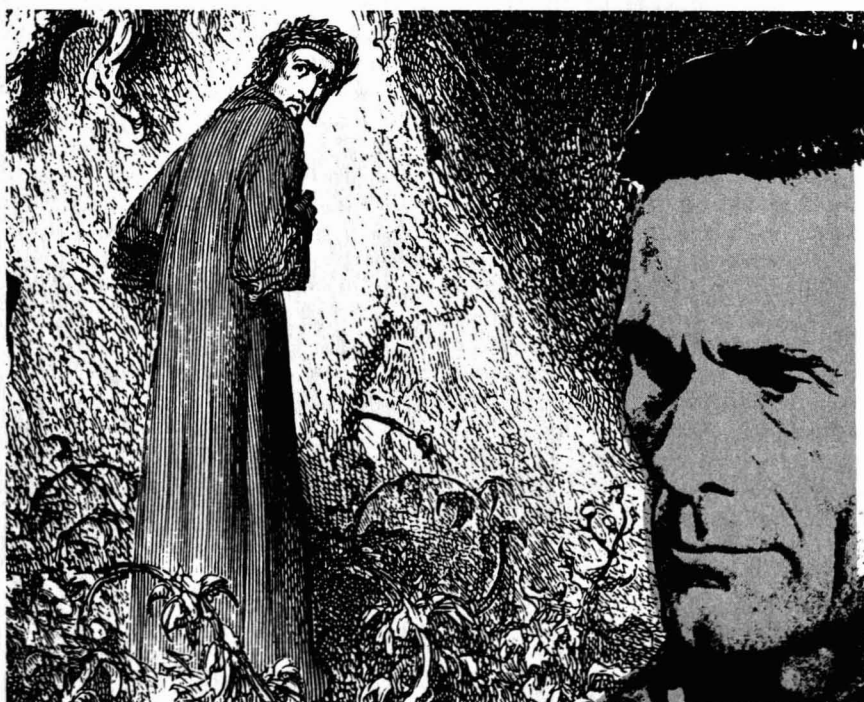
Nota 2

Nacimiento del italiano como lengua nacional hablada, fundada ya no sobre el italiano literario ni sobre el italiano instrumental dialectizado, como lengua franca de los intercambios comerciales y de la primera industrialización, sino sobre el italiano que se habla en el Norte, como lengua franca de la segunda industrialización (cfr. "Nuove questioni linguistiche").

"La Divina Mimesis" o "Mammona" (o "Paradiso") se presenta, míticamente, como la última obra escrita en el italiano no-nacional que conserva, vivientes y alineadas en una contemporaneidad real, todas las estratificaciones diacrónicas de su historia. En el Infierno, consecuentemente, se habla este tipo de italiano en todas sus combinaciones históricas: ósmosis con el latín (el clásico y el medieval), cruzamientos dialecto-latín, koiné-latín, lengua latino-literaria, tecnolenguaje-latín; después dialecto-koiné, lengua literaria-koiné, tecnolenguaje-koiné, etc., etc. Todos los cruzamientos posibles, según las exigencias de los parlamentos libres indirectos de los personajes socialmente distintos.

En cambio, todas las perspectivas en el futuro —o sea, el proyecto y la construcción (en curso) de los Dos Paraísos (el neo-capitalista y el comunista)—, se redactarán en la "supuesta" lengua nueva: con sus secuencias progresivas, sus formas concurrentes eliminadas, su absoluta preponderancia de la comunicabilidad sobre la expresividad, etc.

17 de noviembre de 1964.



Nota 3

(Para una "Nota del editor")

Esta no es una edición crítica. Me limito a publicar todo lo que el autor dejó. Mi único esfuerzo crítico —muy modesto— ha sido el de reconstruir la secuencia cronológica de estos apuntes lo más exactamente posible. Al calce de algunos de ellos el autor señaló la fecha y fue fácil insertarlos en la sucesión. Pero muchísimos apuntes, especialmente los más breves (algunos de dos o tres líneas solamente, ilegibles), no tienen fecha; más aún, muchos fueron encontrados fuera del cuerpo del manuscrito de la obra, o en cajones distintos en que ésta se hallaba, o entre las páginas de libros cuya lectura no terminó. También se encontró una libretita de notas en la bolsa interna de la portezuela de su coche; y para terminar, detalle macabro, pero también —consiéntaseme— conmovedor: una hojita cuadrículada (arrancada de un *blok notes*, evidentemente) llena de una decena de líneas muy inciertas en uno de los bolsillos del saco de su cadáver (él murió, asesinado a garrotazos en Palermo, el año pasado). El único escrúpulo que me podía permitir era el de la exactitud cronológica. Me aferré a él como única tabla de salvación. Naturalmente, comprendo que la lectura de estos fragmentos pueda verse turbada por una sucesión cronológica debida a la de la escritura y no a la del sentido. Pero he preferido el rigor —cualquier rigor— a una manipulación, por más honesta y razonada que fuera.

El título es "Fragmentos infernales": Pero lo es solamente, se entiende, siguiendo una deducción de carácter... necrológico. Si el autor viviera aún, lo habría cambiado probablemente por la superposición de cualquier nuevo título. De hecho, el cuerpo manuscrito de la obra está formado por un paquete de hojas para máquinas de escribir, cortadas a las mitad y fajadas con cinco hojas enteras que lo envuelven: al frente de la primera de estas hojas —que hace las veces de portada— están escritos dos títulos; el primero, mecanuscrito, es: "Memorias Bárbaras"; pero el segundo, manuscrito, en grandes caracteres, es, precisamente, "Fragmentos infernales". Al frente del siguiente folio mecanuscrito está el título "Paraíso", en letra de molde, pero encerrados en un círculo trazado con pluma (bolígrafo), hay dos títulos anulados: "La Teoría" y "La Divina Teoría"; en el folio siguiente, mecanuscrito, se encuentra el título "La divina realidad", con una fecha, 1963, seguida por un guión, suspendiéndola, pero indicando al mismo tiempo el próximo fin de la redacción. En el penúltimo folio se lee el título "La divina mimesis" y, en la parte inferior, la fecha 1936, seguida también por un guión. Este es, evidentemente, el primer título, y como tal debe haber quedado durante mucho tiempo, porque ése era ya el del último folio, el más amarillento de todos.